



S. E. el Generalísimo, acompañado del Ministro de la Gobernación, escucha las explicaciones del Director General de Regiones Devastadas.

RESURGE MAS ESPLÉNDIDA QUE ANTES DEL INCENDIO LA CATEDRAL DE SANTANDER

La fecha del 25 de agosto de 1953 dejó en la capital de la Montaña un signo de novedad, que así en lo urbano como en lo anímico y no menos en lo plástico que en lo religioso equivalía a la revelación de la sustancia inmanente de la ciudad. Fué como si Santander renaciera históricamente ante sí mismo, recobrando las actas de su filiación bautismal y la conciencia de su destino secular en la común responsabilidad de la familia española. Aquella Catedral, que reconstruída después del incendio de 1941 por los servicios de Regiones Devastadas recibía la jerarquía diocesana, enteramente rehecha y con sus prístinas dimensiones engrandecidas había sido nexo de siglos y generaciones, tanto como fábrica descollante y cimera de un vecindario que, cuantitativa y socialmente, ha sido en el curso de las edades yendo de menos a más, principio y protoplasma vital de una región insigne del país. A tal honor, tal señor. Y para asociarse a la ceremonia estuvieron allí no sólo el Ministro de la Gobernación, don Blas Pérez González, a quien acompañaba el Director General de Regiones Devastadas, don José Macián, sino el propio Jefe

de Estado, que habiendo desembarcado a mediodía de su yate el «Azor» fué aclamado por la multitud que corrió hacia su encuentro, a través de las calles engalanadas. Repicaron las campanas de la medioeval Abadía, después de doce años de colapso y silencio, anunciando al pueblo un domingo jubiloso la noticia de su resurrección y la presencia del Caudillo. El Obispo y el Cabildo en pleno y otros cinco Prelados, los de Bilbao, Zamora, Prusa y Perú y el Abad Mitrado de Cobreces, recibieron en el pórtico al Generalísimo Franco y a las autoridades y séquito que le acompañaban. La presencia en la ceremonia de jefes eclesiásticos de Ultramar y su fervorosa adhesión a ella no dejaban de ilustrar todo el alcance del acontecimiento, pues no sólo en la Montaña, sino por tierras de América el resurgimiento de las viejas piedras animadoras y tutelares ha conmovido conciencias y restañado desconuelos. ¿Cuántos montañeses ausentes, cuántos emigrados de la provincia de Santander, cuántos indios hijos de la tierra no sintieron una descarga de alegría al recibir la grata nueva de que la Catedral había resurgido? Todo era